

EL RINCON DE LA HISTORIA

LA NAVIDAD Y SUS MAITINES

«De Diciembre a Enero, mejor puchero», decían los antiguos por el mucho recaudo que las pesadas carretas rechinantes iban trayendo de las chacras vecinas para surtir las abigarradas fondas de la Alameda de las Delicias.

A la vera de los bueyes o corriendo junto al tajo abierto de las acequias, enhiestas las cabezas con el bonete maulino o el jaspeado sombrero de Colchagua, los huasos traían al anca a las rollizas cantoras que venían a entonar en la vihuela el «cogollo» sencillo e intencionado a la «guagua linda» del pesebre favorito.

Las Iglesias atraían a los fieles con el adorno multicolor de los pesebres, y las casas particulares se hacían entonces estrechas para contener las visitas que iban a comentar las escenas bíblico-populares que por tradición exhibían las familias. En vano las autoridades eclesiásticas prohibieron «los cantos a lo adivino y los villancicos burlescos y pidieron moderación en aquella jocosidad que hace el bullicio una farsa del coro».

Sin embargo, la costumbre colonial seguía imponiéndose y todos los años la orquesta de Navidad de los niños preparaba sus trompetas ensordecedoras, los canutillos de zapallo, los pitos de caña, «los canarios de agua», las matracas y los pífanos, para corear estrepitosamente el esquinazo final de la Misa del Gallo.

Junto al pesebre, las cantoras agudizaban su falsete entonando los aguinaldos de la ofrenda:

Cebollas de las Barrancas
le trajo Pedro Llantén,
choclos y porotos verdes
de la Hacienda de Lonquén.

Tomates grandes pintones
del Salto, trajo la Anchoña
y Chuma se vino al trote
con unos siete capones.

Dos niños de la Regina
están en el corredor,
con diez melones de olor
llegó Pancho de Colina.

Un canasto de verdura
traje yo de lo Campino
y de Quilicura abajo
muy olorosos pepinos.

Duró aquello desde los primeros años coloniales hasta muy entrado el siglo XIX, y la «guagua linda», bajo un toldo formado por alas de ángeles, arrullado por las imágenes quiteñas de José y María, recibió el sano aliento agrario del asno bíblico y del paciente buey.

El último y más renombrado de los nacimientos que recuerdan las crónicas, fué el de doña María Palacios, en lo alto del edificio del Convento de las Monjas Agustinas, en que se oía aquel delicioso villancico que comenzaba con las siguientes estrofas:

San José miró a María,
María miró a José,
los dos miraron al Niño,
y se sonrieron los tres.

Al terminar la ceremonia de la Misa del Gallo, la Pascua continuaba bajo la noche estrellada, oliente a albahaca y a primicias frutales. Había maitines en el Llano de Santo Domingo, junto a la Viñita, donde el negro Coscoroa,—el negro jetón que toca el tambor—, asustaba a los niños con sus cabriolas de «catimbao». En la Plaza de San Isidro, las parejas entonaban, al filo de la propicia media noche, aquello de:

Esta noche es Nochebuena
noche de parar la oreja
y asomarse a la ventana
por ver si ronca la vieja.

Y en la vieja Cañada, la muchedumbre esperaba la aurora, bailando furiosamente la cueca en las fondas, entre el vocinglerío de los pregoneros—La albahaca para las niñas retacas—Bien heladita la horchata—Con malicia...a...a, en la confraternidad democrática de la vistosa ramada de: «*Aquí está Silva*».

E. P. S.